

*gen de la cera y de la miel en las abejas.*—Como un cuarto ejemplo de los extravíos de la ciencia, siempre que esta no tiene bastante en cuenta las verdades de la teología natural ó revelada, séame permitido recordar ahora una harto célebre polémica, en la cual cuatro de nuestros sabios más ilustres, MM. Dumas, Boussingault, Milne-Edwards y Bayen, se unieron para negar un hecho de tal manera sencillo, de tal manera usual y tan puesto en el órden de las cosas, que uno preguntase todavía, al cabo de más de treinta años, cómo una distracción tan extraña, por no decir aberración, pudo cometerse en el seno de un areopago tan imponente como nuestra Academia de ciencias. Dichos sabios habian perdido ciertamente de vista el progreso que caracteriza á las obras de la creacion; ellos no tenian presente que el organismo de los animales es incomparablemente más completo y perfecto, el de las plantas mucho más elemental y sencillo; y que, por consiguiente, si la planta posee la facultad de trasformar en azúcar, en almidon, en materia grasa, en hidrocarburos de toda especie, los cuerpos simples que toma del suelo por sus raíces, ó de la atmósfera por sus hojas; los animales, con muchísima más razon, deberán poder trasformar en leche, en cera, en miel, en grasa, el almidon y azúcar que encuentran en los vegetales y las flores. Oigamos ahora la triste historia de las torpezas cometidas por la ciencia.

El lunes 15 de febrero de 1843, M. Payen leyó en su nombre y en nombre de MM. Dumas y Boussingault una memoria intitulada: *Investigaciones sobre el engordamiento del ganado y de la formacion de la leche*, memoria que nosotros analizamos en lo que tiene de más esencial. «Todos los animales, todas las plantas contienen materia grasa; al verla acumularse en sus tejidos, al verla modificarse y desaparecer algunas veces, el primer pensamiento de todos los observadores ha sido el inclinarse hácia la opinion generalmente admitida, de que las materias grasas se producen por medio de los elementos de la

planta y del animal, y por unos procedimientos análogos sin duda en los dos reinos. Las investigaciones cuyo resumen vamos á esponer, tienden, por el contrario, á demostrar que las *materias grasas no se forman más que en las plantas, que todas ellas pasan formadas ya en los animales*, y que allí pueden arder y consumirse inmediatamente para desenvolver el calor que el animal requiere, ó fijarse, más ó menos modificadas, en los tejidos para servir de reserva á la respiracion... Segun esa opinion, las materias grasas se formarían principalmente en las hojas de las plantas, y tomarían allí á menudo la forma y las propiedades de las materias cerosas. Al pasar al cuerpo de los herbívoros, dichas materias forzadas á sufrir en su sangre la influencia del oxígeno, experimentarían un principio de oxidacion, de donde resultara el ácido esteárico ú oleoso que se encuentra en el sebo. Sufriendo una segunda elaboracion en los carnívoros, estas mismas materias, oxidadas de nuevo, producirían el ácido margárico que caracteriza su grasa. Por último, esos diversos principios, por una oxidacion todavía más adelantada, pudiera dar origen á los ácidos grasos volátiles que aparecen en la sangre y en el sudor... Sin duda que cuando se trata de los herbívoros, admitiendo que se aprovechen de la grasa que las plantas encierran, pudiérase suponer que producen cierta cantidad de la misma, por medio de una fermentacion especial del azúcar, segun las ideas de M. Dumas... Si, á pesar de esas presunciones favorables á la intervencion del azúcar en la formacion de los cuerpos grasos en los animales, nosotros hemos adoptado una opinion contraria, es porque los hechos nos han parecido completamente de acuerdo con esta, y enteramente opuestos á la hipótesis que hace representar algun papel al azúcar en la produccion de las grasas...

«Nosotros sabemos por la esperiencia que el heno encierra más materia grasa que la leche para cuya formacion sirve, y que lo mismo sucede con los demás regímenes á los cuales se sujeta á los asnos y á las asnas; que las tor-

tas de semillas oleaginosas aumentan la producción de la manteca; que el maíz goza de un poder engordante determinado por el aceite abundante que encierra; que la patata, la remolacha y la zanahoria no engordan, sino en tanto que se las asocia á los productos que contienen algunos cuerpos grasos, como las pajas, los granos ó semillas, los cereales, el salvado y la torta de semillas oleaginosas. Todos esos resultados concuerdan tan completamente con la opinion que ve en todas las materias grasas cuerpos que pasan del canal digestivo al quilo, y de allí á la sangre, á la leche y á los tejidos, que nos sería difícil espresar en qué hecho se fundaría la opinion que quisiera considerar las materias grasas como capaces de formarse de cualesquier cosas en los animales.»

Nosotros asistimos á la sesion en que dicha memoria fué leída, y jamás olvidaremos el asombro que produjo en los ánimos. Creíase soñar, al ver á varios sabios tan ilustres, rompiendo no solamente con las opiniones generalmente admitidas, si que tambien con el buen sentido, y viniendo á afirmar que los animales *no hacen grasa, ni materia alguna orgánica; que la manteca y la grasa están encerradas por entero en la yerba y las raíces que se dan al ganado; que las mondaduras de las patatas, con las cuales se alimenta á los cerdos, y los granos que comen las aves de corral, contienen y suministran toda la grasa del tocino, de la oca y del capon.*

La primera protesta, muy elecuente por cierto, contra esa tesis estraña procedió de un gran maestro, de M. Liebig. Él escribió á la Academia de ciencias una carta leída en la sesion del 3 de abril, y hé aqui algunos extractos de ella (*Informes*, tomo XVI, páginas 663 y sig.): «He negado y negaré siempre la presencia de las grasas (combinaciones de ácidos grasos con la glicerina) en la comida de la vaca y del buey; niego la presencia de la bilis (ó más bien de las materias solubles en el éter, contenidas en la bilis) en el mismo alimento; niego la presencia del aceite de pez, del cerebro de ballena en las plantas de mar... Se-

gun MM. Dumas, Boussingault y Payen, las materias cerosas producidas en el organismo de las plantas son las que se cambian en el cuerpo del animal en ácido estearico y margárico... Yo mismo sentíame inclinado á admitirlo así; mas antes de pronunciarme fui afortunadamente inducido á examinar los excrementos de una vaca alimentada hacia poco tiempo con heno y patatas, y echóse de ver, con gran sorpresa mia, que los tales excrementos encerraban, muy aproximadamente, toda la materia grasa y cerosa contenida en sus alimentos. La vaca que consume diariamente 15 kilogramos de patatas y 7 kilogramos <sup>1</sup>/<sub>2</sub> de heno, recibe así 126 gramos de materia soluble en el éter. Eso hace en seis dias 755 gramos; los excrementos suministran en seis dias 747 gramos 50. Pues bien, segun los bellos experimentos de M. Boussingault, que se hallan enteramente acordes con los resultados diarios de nuestros establecimientos rurales, una vaca alimentada con patatas y heno, en la racion indicada, suministra en seis dias 64 litros de leche, que encierran 3,118 gramos de manteca (segun el análisis de M. Boussingault). Es, pues, absolutamente imposible que los 3,118 gramos de manteca en la leche de vaca puedan provenir de los 756 gramos de materia cerosa contenida en los alimentos; puesto que los excrementos de la vaca encierran una cantidad de materia, soluble en el éter, igual á la que ha sido consumida.» (*Informes*, tomo XVI, página 558).

El efecto producido por la lectura de la carta de M. Liebig fué estraordinario. Mas MM. Payen y Dumas consiguieron atenuarlo un tanto, el primero, haciendo que el debate sobre el heno recayera sobre el maíz, y sobre la oca en vez de la vaca; y el segundo, esforzándose en probar que el experimento de la vaca de M. Liebig era un experimento ficticio. Su argumentacion es un ejemplo sorprendente de las debilidades ó de las evasivas de la ciencia, y yo espero que se me permitirá que la recuerde aquí. (*Informes*, tomo XV, página 559): «Al echar una ojeada sobre la carta de M. Liebig, me ha parecido que no ha hecho el experimen-

to sobre la alimentación de la vaca á la cual se refiere en ella, y que de muchos experimentos reales y buenos en sí, ha compuesto un experimento teórico en el cual ha reunido los elementos más heterogéneos... Hé aquí, en efecto, cómo ha procedido por la comprobación hecha. Según Boussingault, una vaca de Bechelbronn comió 15 kilogramos de patatas y 7 kilogramos 500 gramos de heno: ella suministró en seis días 64 litros y 92 centilitros de leche, conteniendo aproximadamente 3 kilogramos 110 gramos de manteca. Según él, también, una segunda vaca comió 15 kilogramos de patatas y 7 kilogramos 500 gramos de retoño. Ella suministró 24 litros de leche, solamente en tres días. Cada día ella producía 4 kilogramos de excrementos. Estas determinaciones hechas en diversas épocas se encuentran en dos memorias distintas. Pues bien, M. Liebig toma los alimentos de la primera vaca, y calcula el contenido de ellos en grasa, según el del heno de Giessen, que es el más pobre en materia grasa que conocemos. El toma los alimentos de la segunda vaca y calcula su contenido en grasa según el estiércol de la vaca más rica en grasa que haya sido analizada en Giessen. Finalmente, hace entrar en su cálculo la leche y la manteca de la primera vaca que se hallase en su *maximum*. Así es como llega á la conclusión de que una vaca verdaderamente imaginaria, que hubiese comido en Bechelbronn heno de Giessen, que, comiendo como la primera, hubiese suministrado los excrementos de la segunda y la leche de la primera, que, comiendo el heno de Alsacia, hubiese producido en peso los excrementos suministrados por el retoño de Alsacia, y en naturaleza, los que diere el heno de Giessen, que una tal vaca, en fin, daría en sus excrementos toda la materia grasa de sus alimentos. La manteca de su leche tiene, pues, un origen muy distinto. Nosotros no contestaremos esta conclusión: ella estriba en números harto químicos para que debamos ocuparnos de la misma. Cíñámonos á decir que todo el pretendido experimento de M. Liebig reduce á la hipótesis siguiente: si se supone que una vaca que

*hubiese comido un heno muy pobre en materia grasa haya dado mucha leche y muy rica en manteca, produciendo muchos excrementos muy ricos en materia grasa, ¿no fuera muy verosímil que la grasa de los alimentos no produce la manteca?... ¡Cuán fácil sería el rebatir la argumentación! pero eso son sorpresas hechas á la opinión, de las cuales M. Liebig no quiere aprovecharse más de lo que no quisiéramos nosotros mismos... Para abreviar nosotros sostenemos que los forrajes suministran cantidades de materias grasas suficientes para explicar los efectos del engordamiento y de la lactación... Que la manera de ver que supone que las materias grasas están todas ellas hechas en los alimentos, es la que mejor concuerda con los hechos conocidos, y puede bastar para su explicación.» (Informes, tomo XVI, páginas 559 y sig.) Todo eso es historia, historia de la ciencia y de sus flaquezas ó de sus eclipses, *Defectus scientiæ*.*

La respuesta de M. Liebig no se hizo esperar; y principió por afirmar que su vaca no era un vaca ficticia ó imaginaria, sino una vaca real. (Informes, tom. XVI, pág. 664 y sig.) «Una vaca que comía en el establecimiento de M. Koch, en Giessen, 15 kilogramos de patatas, y 7 kilogramos 500 gramos de heno, recibía en sus alimentos en seis días, según los análisis de dicho señor, 750 gramos de materia soluble en el éter; y en los excrementos, la misma vaca daba en seis días una cantidad de leche igual á la que M. Boussingault obtuvo en sus tierras, en Bechelbronn, de una vaca sometida al mismo régimen. Es imposible sacar de mis experimentos otra conclusión que la siguiente: las materias grasas contenidas en las patatas y el heno en nada concurren á la formación de la manteca, puesto que ellas salían en las heces... Mis experimentos no tienen, pues, como M. Dumas quiere hacerlo creer á la Academia, nada que ver «con la alimentación de una vaca ficticia, sino que tienen una significación real.»

M. Dumas no se declaró todavía vencido; sino que bajó considerablemente de tono. «Sin negar la posibilidad de la formación de los cuerpos grasos por cierta fermen-

tacion de los azúcares, nosotros repetimos que nada nos da la prueba de ello, y consideramos como más simple y verosímil el origen enteramente vegetal de las grasas de los animales!!»

De la grasa y de la leche, M. Dumas, asociado esta vez á M. Milne-Edwards, pasó á la produccion de la cera por las abejas. Un observador celoso y paciente de la naturaleza, Huber de Ginebra, habia ya tratado de averiguar si la cera secretada por las abejas preexistia en sus alimentos y no hacia más que atravesar su cuerpo para ir á acumularse en los buches ceriferos de su abdómen; ó si ella era criada por dichos insectos, y formada á espensas de las materias azucaradas que van á llibar en la corola de las flores. Con el propósito de resolver esa cuestion, encerró algunas abejas en una colmena sin salida, sin darles por toda comida más que miel y azúcar: las cautivas obreras continuaron, sin embargo, fabricando panales, y él infirió de ahí que las abejas tienen la facultad de trasformar el azúcar en cera. Y ¡cosa singular! M. Dumas, arrastrado acaso por M. Milne-Edwards, infirió sin vacilar que bajo la influencia de una alimentacion formada de miel pura, las abejas producen realmente cera, y que la bella observacion de Huber sobre la conversion del azúcar en cera se halla plenamente confirmada... M. Milne-Edwards añadia: «De que las abejas parecen gozar de la propiedad de convertir el azúcar en cera, debería inferir, por ventura, que en todos los animales la grasa propiamente dicha proviene de una causa análoga, más bien que de la absorcion de las materias grasas existentes en los alimentos? No lo pienso así. Participo enteramente de la opinion de MM. Payen, Boussingault y Dumas, acerca del papel de los alimentos grasos en la teoria del engordamiento del ganado.» La preocupacion y la obstinacion duraban, pues, todavía á pesar de la observacion capital del baron M. Thenard de *«que es imposible rehusar á los animales la facultad de modificar algunas*

*materias nutritivas y de formar de ellas algunos productos nuevos, puesto que sin ello deberían encontrarse en sus alimentos todos los compuestos orgánicos ó organizados que sus cuerpos encierran, lo cual, como es de todos sabido, no es así.»* En vano M. Flourens recordó los experimentos hechos por un experimentador eminentemente hábil y exacto, Federico Cuvier, de algunos osos esclusivamente mantenidos con pan, que vivian muy sanos y habian engordado extraordinariamente. En vano un naturalista eminente, M. Dufour, habia recordado con Réaumur y Huber, que las abejas digieren los materiales de la cera, la cual antes de ser puesta en obra para la formacion de los alvéolos, sufre una manipulacion particular arrojándose en las áreas ceriferas, de donde, despues de haber adquirido la forma y consistencia de hojuelas, va á colocarse á la manera de ladrillos del campo para la construccion de las celdillas hexagonales, etc.; persistiase no obstante en afirmar que dicha cera existia enteramente hecha en el pólen de las flores.

La hora de la verdad vino á sonar por fin. Un químico muy distinguido, M. Persoz, pero que no tuvo el honor de pertenecer á la Academia, comunica á esta, en su sesion del 12 de febrero de 1844, algunos experimentos decisivos que no suscitaron protesta alguna, y cuya conclusion es esta: «1.ª La oca, al engordar, no solo se asimila la grasa contenida en el maíz, sino que ella misma forma cierta cantidad de la misma á espensas del almidon y del azúcar del maíz, y acaso aun con el auxilio de su propia sustancia; puesto que la cantidad de grasa formada en ella es necesariamente más del doble de la que se encuentra en el maíz. 2.ª Despues de haber sido engordada una oca, contiene una cantidad de grasa superior al aumento de peso que ha sufrido. 3.ª Durante el engordamiento, la sangre de lasocas cambia de composicion; ella vuelve-se abundante en grasa, y la albúmina desaparece ó se modifica. 4.ª Finalmente, parece existir cierta relacion

entre el desarrollo del hígado y la cantidad de grasa producida.»

Detrás de M. Persez vino M. Boussingault, quien, en una carta escrita á M. Arago, y leída en la sesion del 16 de junio de 1848, comunicó, sin comentarios, los resultados de sus investigaciones sobre la formacion de la grasa en los animales: «1.º Los cerdos de ocho meses de edad, despues de haber sido criados con el régimen normal de las pocilgas contienen mucha más grasa de la que recibieron con los alimentos; 2.º algunos cerdos alimentados durante seis meses con patatas no producen más grasa que la que encierran los tubérculos; 3.º en el engordamiento de los cerdos (yo he obrado sobre nueve individuos) hay mucha más grasa asimilada de la que se encuentra en la racion; 4.º los alimentos que, administrados solos, no tienen la facultad de desenvolver materias grasas, adquieren dicha facultad de una manera asombrosa, tan pronto como se junta á ellos la grasa, bien que la grasa dada por sí sola produzca la inanicion; las raciones engordantes que no contienen más que una cantidad mínima de grasa, son siempre ricas en principios azoados. Yo he engordado algunas ocas, y, conforme M. Persez lo ha visto el primero, he reconocido que la grasa producida escede considerablemente al aceite contenido en el maíz; como comisario nombrado para el examen del trabajo de aquel, he sentido la necesidad de ver proclamada muy alto dicha concordancia. En todas mis observaciones, he visto constantemente que la formacion de la carne acompañaba á la produccion de la grasa.»

Apenas terminada la anterior lectura, M. Milne-Edwards, haciendo animosamente su confesion, decia á su vez: «En nuestros experimentos de 1843, nuestras abejas no daban cera siempre que las alimentábamos con azúcar y agua solamente; mas la creaban siempre que les suministrábamos miel, cuya sustancia encierra una pequeña porcion de materia grasa. La cantidad de materia

grasa que nuestras abejas encontraban entonces en sus alimentos, junto con la grasa preexistente en los cuerpos de dichos insectos, era de todo punto insuficiente para esplicar la produccion de la cera efectuada durante el curso de los experimentos, *de suerte que es menester atribuir á dichos animales la facultad de crear dicha sustancia grasa á costa de las materias azucaradas con las cuales se les alimentaba.* Nosotros no habíamos intentado determinar el principio que podia hacer las veces de fermento en esa trasformacion; mas, si se adoptan las ideas de M. Boussingault, será fácil darse cuenta de la causa de las diferencias que yo acabo de recordar. Sea como fuere sobre ese punto, vése por los nuevos experimentos de nuestro sabio colega que las cosas pasan en los mamíferos tal como nosotros hemos visto que pasaban en los insectos.»

La negacion habia sido colectiva y solemne. La retractacion hubiera debido hacerse con la misma uniformidad y solemnidad. Mas la ciencia tiene sus vanidades, puesto que tiene sus flaquezas. Era conveniente indicar unas y otras.

M. Payen no estuvo tan explícito; empeñóse, en primer lugar, en atestiguar que los experimentos de M. Boussingault confirmaban algunas de las conclusiones de la primera memoria de 1842, por ejemplo, la necesidad de cierta proporcion de sustancias grasas en la comida de los animales para determinar una acumulacion notable y pronta de la grasa en los tejidos; mas acabó, no obstante, por retractarse, al menos equivalentemente, en estos términos: *En cuanto á la cuestion científica, parece esclarecerse, sobre todo reduciendo á un término medio lo que las dos opiniones divergentes pueden tener de demasiado esclusivo, y, bajo este concepto aun, todos los trabajos habrán servido para la solucion definitiva.*

*Del Microscopio.*—M. Haeckel (Ernesto), el oráculo en Alemania de las ciencias naturales emancipadas de la fé, y por una consecuencia necesaria, emancipadas de la ra-

zon, ha osado decir: «Todos los séres animados ó inanimados son el resultado de la actividad mútua, segun algunas leyes definidas, de las fuerzas pertenecientes á la nebulosa primitiva del universo. Si eso es cierto, no es menos cierto que el mundo actual existía virtualmente en el vapor cósmico: y una inteligencia vasta que conociera las propiedades de las moléculas de dicho vapor hubiera podido predecir, por ejemplo, el estado de la fauna de la Gran-Bretaña en 1859, con tanta certeza como puede decirse lo que será el vapor del aliento en un día de invierno.» Es la aberracion de M. de Bois-Raymond. La locura es, pues, contagiosa sobre todo allende el Rhin.

La doble emancipacion de Haeckel le ha hecho cometer un paralogismo verdaderamente extraño. En su doctrina de la Evolucion á todo trance, el primer sér, *protista* ó *protógeno*, *monera* ó *coozon*, solo ha pasado á ser sucesivamente diatómeo, rizópodo, ciclope, ascidio, pez, tortuga, pollo, perro y hombre, al través de una série de trasformaciones indefinidas; y, por consiguiente, los embriones de la tortuga, del pollo, del perro y del hombre, que son toda la tortuga, todo el pollo, todo el perro y todo el hombre, deben diferir esencialmente unos de otros: de suerte que la sola idea de atestiguar la identidad de embriones, producto necesario de evoluciones y trasformaciones sin cuento, en el espacio y en el tiempo, es en sí misma una contradiccion irritante, una broma de mala ley, puesto que tiene por objeto y da por resultado el engañar á algunos discípulos ó á algunos lectores que no están bastante prevenidos. Pues bien, eso es lo que M. Haeckel se ha atrevido á hacer. Yo tomo el hecho del artículo publicado por M. Carlos Martins en la *Revista de Ambos-Mundos* (cuaderno del 15 de diciembre de 1871: *La creacion del mundo, organizado segun los naturalistas ingleses y alemanes*, página 775): «Sobre una lámina dibujada por el mismo Haeckel nos muestra algunos embriones, de cuatro semanas de edad, del hombre, del perro, de la tortuga y del pollo. Al cuarto día la identidad es casi absoluta. Todos ellos

hállanse provistos de una cola; los miembros se muestran bajo la forma de cuatro pequeños muñones; el sitio de la nariz, del ojo y de la oreja está marcado. Todos ellos ostentan tres hendiduras branquiales que solo persisten en los peces y desaparecen en los animales terrestres que hemos nombrado. Dichas hendiduras nos muestran que todo vertebrado ofrece, en primer lugar, una organizacion que le asimila á los peces. Al cabo de dos meses en el hombre, seis semanas en el perro y la tortuga, y de ocho dias en el pollo, las hendiduras branquiales han desaparecido, mas la cola ó rabo persiste todavía, los dedos de la mano y del pié aparecen, y algunas diferencias empiezan á manifestarse entre el perro y el hombre, por un lado; y el pollo y la tortuga, por otro. A partir de dicho momento, las diferencias se acentúan, y dichos séres, semejantes al principio, conviértense en unos tipos completamente distintos; mas su estado embrionario nos ha revelado una *identidad original*, y nos ha probado que su organizacion es, en primer lugar, no ciertamente la del grupo, del cual forman parte, sino la de los peces, animales acuáticos colocados al pié del empalme de los vertebrados.»

«¿Qué prueba, pues, la *identidad original* de embriones nacidos de una evolucion continua é indefinida? Ante todo lo absurdo de la evolucion; en segundo lugar la unidad de composicion orgánica y la similitud de desenvolvimiento embrionario, lo que Geoffroy-Saint-Hilaire afirmaba, y lo que no es de ningun modo el transformismo ó el evolucionismo; en tercer lugar, en fin, la infidelidad ó la impotencia del microscopio, del cual la escuela alemana tanto ha abusado. Por maravilloso que sea, dicho instrumento tiene algunos limites más allá de los cuales no muestra nada absolutamente. No soy yo quien lo digo, es M. Tyndall, uno de los más ilustres físicos de aquel tiempo y atrevido pensador; ó más bien, los hechos son los que lo pregonan, hechos incontestables, y yo me hago un deber de conciencia de recordarlos. Yo los tomo de la célebre conferencia *sobre el papel científico de la imagina-*

ción dada en Liverpool, el 15 de setiembre de 1870, en el seno de la Reunion de la Asociacion británica para el fomento de las ciencias, presidida por M. Huxley.

«Puse en manos de nuestro presidente un frasco conteniendo algunas partículas de Brucke (alcámigo disuelto en alcohol), mucho más gruesas y numerosas que las examinadas por Brucke. El líquido presentaba un color lechoso azul, y M. Huxley le aplicó su antejo de mayor aumento. Él me afirmó que, si algunas partículas, teniendo un cien-milésimo de pulgada de diámetro, existieran en dicho líquido, no escaparían á su mirada. Mas él no vió particularidad alguna bajo el microscopio, el líquido turbio no se distinguía del agua destilada. Brucke había hecho constar por su parte que dichas partículas estaban fuera de los tamaños visibles al microscopio, y hé aquí que de dicho experimento muy sencillo, M. Tyndall saca una severa lección contra el arrebatado Haeckel. «Yo espero, señor presidente (M. Huxley!), vos, de quien las malas lenguas han hecho un biólogo (un colega, un correligionario de Haeckel), pero que conservais siempre vivas vuestras simpatías por la clase de investigaciones que la naturaleza os llamaba á proseguir y enriquecer, que me disculpais ante vuestros hermanos, que si yo oso deciros que algunos se forman una idea imperfecta de la distancia que separa el límite microscópico del límite molecular, y que, por una consecuencia necesaria, ellos emplean algunas veces una fisiología que pudiera creerse *calculada con el propósito de engañar*, cuando, por ejemplo (advertencia á los Virchow, á los Haeckel, á los Robin, á los Onimus), describen el contenido de una celdilla como perfectamente homogénea, y absolutamente sin estructura, puesto que el microscopio no puede descubrir en la misma estructura alguna. Entonces, así yo creo, el *microscopio empiezo á desempeñar un papel maléfico*. Una consideracion muy sencilla va á haceros comprender que el microscopio

no debe ser atendido en la *cuestion real de los gérmenes orgánicos*. El agua destilada es más perfectamente homogénea que el contenido de toda celdilla orgánica posible. ¿Cuál es la causa de que dicho líquido deje de contraerse á 4 grados sobre cero, y de que aumente de volumen hasta que está congelado? Es un modo de estructura que el microscopio no descubre y que *no es apto para descubrir, por mucho que se exagere su poder aumentativo*. Colocad dicha agua destilada en el campo de un electroiman, y examinadla al foco de un microscopio. ¿Vereis acaso sobrevenir algun cambio, cuando el electroiman se volverá activo? Absolutamente ninguno. Y sin embargo háse producido un cambio profundo y complicado. En primer lugar, las partículas del agua han sido hechas diamagnéticamente polares; en segundo lugar, en virtud de la estructura que les ha sido impresa por la tension magnética de sus moléculas, el líquido tuerce un rayo de luz de una manera completamente determinada en calidad y en direccion. Solo sir William Thomson ve en espíritu las modificaciones moleculares complicadas que supone la rotacion del plan de polarizacion por la fuerza molecular...? Hay, pues, un mundo de materia y de movimiento para el cual el microscopio no tiene pasaporte, y en el cual no sirve de recurso alguno. Los casos en que esas mismas condiciones de importancia se notan, son simplemente innumerables. El diamante, el amatista y los demás cristales sin cuento que se forman en el laboratorio de la naturaleza y del hombre, ¿acaso no tienen estructura alguna? Seguramente, ellos tienen una. Mas ¿qué puede decir sobre ello el microscopio? Nada. Jamás se tendrá bastante presente en la memoria *que entre el límite microscópico y el verdadero límite molecular, hay lugar para permutaciones y combinaciones infinitas.*»

#### LA FE SALVAGUARDIA DE LA HISTORIA.

La ciencia de la historia, es decir, la ciencia de los he-

chos de la humanidad, necesita más que otra alguna ser dirigida para no faltar á su mision, cual es la esposicion verdadera de la accion de Dios sobre el mundo y de unos hombres sobre otros: el alma de la historia es la verdad; ahora bien, desde el punto en que la fé no domina ya á la inteligencia y la voluntad, mas todavia cuando el espíritu se ha hecho hostil á la fé, es imposible al historiador, sobre todo cuando toca las cuestiones religiosas, no incurrir en los más groseros errores, ó no dejarse arrastrar á alterar ó desnaturalizar los hechos, lo cual es faltar á su noble mision. Aquellos que quieren tomarse la molestia de hojear el libro de un escritor incontestablemente suscitado por Dios,—LA DEFENSA DE LA IGLESIA contra los errores históricos de MM. Guizot, Agustín y Amadeo Thierry, Michelet, Ampère, Fauriel, Enrique Martin, etc., por el abate M. Gorini, cura párroco de una pequeña parroquia del campo, 3 vol. in-8.<sup>o</sup>, Lyon Girardet Joneran, 1859,—quedarán verdaderamente pasmados y aterrados de los atentados contra la verdad, de los cuales se han hecho culpables los más eminentes historiadores.

Montesquieu habia dicho: «Cosa admirable! la religion cristiana que no parece proponerse otro objeto que la felicidad de la otra vida, forma todavia nuestra dicha en la vida presente..... Nosotros debemos al cristianismo, en el gobierno, cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes, que la naturaleza humana no podrá agradecer lo bastante. El derecho de gentes es el que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas, la vida, la libertad, las leyes, los bienes y siempre la religion, siempre y cuando no se alucina á sí mismo.» (*Espíritu de las leyes*, tom. IV, cap. III.)

El siglo XVIII nada habia comprendido en esas palabras imparciales del ilustre autor del *Espíritu de las leyes* y habíase por el contrario esforzado por darles un cruel mentis. Mas el siglo XIX háse inspirado voluntaria ó involuntariamente en ellas, y en la actualidad no se encontraría acaso un solo escritor que no rinda homaje

á la accion civilizadora del Evangelio y de la Iglesia, su intérprete. Despues de algunas investigaciones muy concienzudas, algunos hombres eminentes, MM. Troplong, Alberto del Boys, Villemain, Guizot, Lingard, Digley, Michaud, Cousin, Carlos de Remusat, Rouchitte, Villeneuve-Bargemont, Balmes, Jacques, Heron, etc., hicieronse los apologistas de la influencia social de la Iglesia. Hé aquí, cómo, bajo cierto punto de vista, nuestra edad ha vuelto al cristianismo, si no para someterse á él, al menos para saludarlo como el guía sabio é ilustrado de nuestros abuelos. Sin embargo, nosotros nos hallamos todavia demasiado cerca del siglo XVIII, y el génio de Voltaire lucha siempre victoriosamente contra el génio de Chateaubriand. Admirarse, es verdad, tal ó cual acontecimiento religioso, mas pronto se toma el desquite declamando contra tal ó cual hecho. Si se celebra algun santo personaje, harto á menudo, por compensacion, rodéase la gloria de otro de oposiciones tan poco honrosas, que el grande hombre acaba por no ser más que un insigne ambicioso ó un hipócrita. Conviénese en que la Iglesia ha salvado al mundo, mas sostiénese á un mismo tiempo que los soberanos pontífices han sido el escándalo ó el azote del mundo. ¡Ah! como el ciego al cual Jesucristo acaba de tocar, entrevé la luz, mas los objetos muéstranse todavia confusos é invertidos.

«Hacia muchos años, dice el abate M. Gorini en su prefacio, me ocupaba en entresacar de los santos Padres y de los principales autores eclesiásticos, á partir de Tertuliano y Minucio Félix hasta Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, algunas misceláneas de literatura latina. Para tener un auxiliar en la apreciacion de dichas grandes figuras y de los siglos que llenaron con su gloria, he procurado tener á la vista los escritos en que MM. Villemain, Guizot, J. J. Ampère, Michelet, Fauriel, Agustín Thierry y su hermano Amadeo, les han citado con tanta frecuencia; yo he buscado el guía y el ramo de oro que creia necesarios para atravesar las tinieblas, en otros

tiempos tan difamadas, de nuestra Edad-media. Mas ¡qué sorpresa la mía, siempre que me ha sucedido poner á la faz de los autores originales á la mayor parte de los modernos ¡que los citan ó los juzgan! Yo no podia persuadirme de que, bajo nombres idénticos, los antiguos y los modernos juzgaran sobre los mismos hechos, sobre los mismos hombres, sobre las mismas épocas, sobre las mismas instituciones. Volví á empezar el cotejo, acabando por justificar á algunos escritores que brillaban, en mi concepto, con toda la majestad de los semidioses de la ciencia, como suele hacerse cuando se impugna. Vencido, en fin, por la evidente infidelidad, así respecto del espíritu como respecto de la letra de los documentos, era muy del caso que yo hiciera notar la inexactitud de aquellos infortunados pasajes.»

El abate M. Gorini se guarda muy bien de tildar de calumnias ó de mala fé los errores de nuestros grandes hombres modernos; prefiere creer que sus falsos juicios son la consecuencia harto natural de las preocupaciones y prevenencias al través de las cuales la verdad experimenta las transformaciones más estrambóticas; que son también el resultado de los hábitos de poesía, de investigación exagerada de lo nuevo, de lo culminante, de lo imprevisto, de lo inaudito, de lo pintoresco, etc., de la estima idolátrica que ciertos caracteres tienen de sí mismos. «*Nada se hace, nada se escribe bien*, ha osado decir Michelet, *si no se cree en Dios*». Por falta de conciencia pública y de amor sincero hácia el estudio, cada cual se precipita en lo poco más ó menos... Y si á alguno se le ocurre sublevarse contra el imperio de lo poco más ó menos, contra la invasión de lo falso é incompleto, si denuncia como fatal esa propensión á aceptarlo todo, á no amar nada, á no creer nada; si alguna voz perdida é indignada señala ese nuevo envoltorio de ficción, con el cual la mentira europea se cubre como con un manto, prodúcese una rebelión general contra el pensador que osa ver y el escritor que osa hablar. El gran valor consiste

en decir á esta época sus verdades; á la literatura, á las artes, á la moral, al drama, á la historia y al vicio mismo, cuando ellos mienten: ¡Vosotros mentís!

Lo que resulta muy cierto es que la mentira histórica, voluntaria ó involuntaria, reconoce por principal causa el miedo ó el odio hácia la verdad religiosa, y que, bajo tal concepto, la fé puede y debe ser para la ciencia de la historia una preciosa salvaguardia. Cada vez que un hecho cualquiera redunde en menoscabo de la Iglesia, de sus actos, de sus doctrinas, ó de sus costumbres, se puede, se debe tener por cierto de antemano que tal hecho ha sido falseado ó desnaturalizado.

Probemos esta verdad capital con algunos ejemplos sacados de la bella obra del Abate M. Gorini. Nosotros lo tomamos con tanto mayor gusto por guía, atendido que los hombres eminentes, á los cuales él ha combatido más, han rendido un relevante homenaje á su imparcialidad. Agustín Thierry le escribía con fecha 1.º de octubre de 1856: «Tendré muy en cuenta vuestra *Defensa de la Iglesia*; llamaré sobre ella la atención de nuestros críticos con tanta mayor formalidad, en cuanto, así respecto de la verdadera ciencia, como respecto de la verdadera conveniencia, ella se distingue afortunadamente de la polémica sostenida en el mismo sentido por otros autores;» y con fecha del 24 de julio de 1858: «Os doy gracias por el envío que habeis tenido la bondad de hacerme. Vuestra disertación es excelente, así en el fondo como en la forma. He enterado de ella á M. Enrique Martin que piensa como yo, y que dará de ello una prueba pública, corrigiendo en su nueva edición el error, indicado por vos, si la cosa es todavía posible.» Sólo ¡ay! M. Guizot, harto pagado de sí mismo, contentóse con admirar al humilde y sabio cura de aldea, sin que se dignara enmendarse.

(*El Cristianismo y la Revolución Francesa*, página 62): «La vecindad de los demás apóstoles le molesta, él necesita como águila de un horizonte que sea enteramente suyo. En su desprecio del pasado, desea tierras nuevas, ciudades nuevas, en donde la palabra no haya todavía echado raíces. Esa independencia, esa espontaneidad él las comunica á sus iglesias; así dice M. Quinet. ¡Sueño y mentira! Pablo no se siente más molestado por la proximidad de los apóstoles que independiente; él predica, de viva voz ó por escrito, á los habitantes de Damasco, de Jerusalen, de Antioquia, de Roma, etc., convertidos por otros misioneros.

2.º *La rebelión de san Ireneo*.—J. J. Ampere (*Historia literaria*, tomo 1.º página 177) dice: «Aunque en el sentir del papa Víctor, y considerando la Pascua más convenientemente colocada en el día adoptado por la Iglesia romana, Ireneo no escribe menos sobre ello á un gran número de obispos para exhortarles á no ceder y á mantener la independencia de sus iglesias.» ¡Sueño todavía y error! Con su oposición Ireneo quería impedir lo que creía una precipitación de la autoridad, mas él no negaba dicha autoridad. Él proclamaba, no su independencia, sino su amor hácia la concordia. ¿Cómo hubiera podido afianzar la independencia de las iglesias particulares él que con su libro contra las herejías ha exclamado: «Nos citamos entre todas á la Iglesia muy grande, muy antigua, conocida de todos, fundada en Roma por los ilustres apóstoles Pedro y Pablo, la tradición que ella recibió de los apóstoles, la fe anunciada á los hombres, y que ha llegado hasta nosotros por la sucesión de sus obispos. Nos la citamos, y citándola, Nos confundimos á todos aquellos que, por cualquier motivo que sea, por mala complacencia en sí mismos, ó vanagloria, ó ceguera errónea, toman los artículos de su Símbolo de allí donde no se debe; puesto que, con dicha Iglesia, á causa de su más poderosa primacia (*potentiorum principatitatem*), es necesario que toda Iglesia se

conforme, es decir, que los fieles diseminados en todo lugar han conservado la tradición apostólica.» Hé aquí la pretendida independencia de las iglesias, defendida por san Ireneo.

3.º *El incendio de la Biblioteca de Alejandria*.—J. J. Ampere, en sus viajes é investigaciones en Egipto y Nubia, dice (Revista de ambos mundos, 10 de setiembre de 1846, pág. 637): «Todo el mundo conoce el relato que ha hecho del nombre de Omar el símbolo del fanatismo y de la barbarie. Después de haber sufrido durante algunos siglos la injuria de esa nombradía proverbial, Omar fué declarado casi inocente del incendio de los libros de Alejandria. Háse descubierto que tuvo algunos cómplices, que le precedieron y causaron mucho más daño que él, César y el Cristianismo [el Cristianismo, ¡qué blasfemia! Si al menos Ampere dijera los cristianos, algunos cristianos de Alejandria...] César asediado por los alejandrinos, en el palacio en que se hallaba la gran Biblioteca, pone fuego en él queriendo incendiar la flota y la casa en que se hallaba el enemigo... Antonio hizo don á Cleopatra de la biblioteca de Pérgamo, que se componía de doscientos mil volúmenes. Esos doscientos mil volúmenes fueron depositados, *al parecer*, en el Serapeum, en aquella biblioteca, hija, como es sabido, de la colección madre, la cual comprendió hasta setecientos mil volúmenes. Atacada ya dos veces por las llamas, bajo Marco-Aurelio y Commodo, es difícil (*¡al parecer! es difícil!* eso son puras hipótesis, y él acaba con una acusación de atentado!) que haya sobrevivido al asalto dado por los cristianos bajo Teodosio en el Serapeum. Los libros acumulados en dicho edificio debieron (siempre hipótesis) ser destruidos en gran parte por el celo armado aquel día contra todos los recuerdos del paganismo. Puede sostenerse como *reconocido por la historia* (reconocido por simples posibilidades), el hecho de que las dos grandes colecciones fueron destruidas antes de la llegada de Omar, la una por César, la otra por

los cristianos, y que un grande incendio como aquel, del cual la tradicion acusa al Kalifa árabe, habiase hecho imposible. A cada uno lo suyo, que la historia se justa (singular justicia la que condena sobre simples posibilidades) para todos, aun para Omar.»

Reanudando y amplificando ó generalizando dicho tema odioso, M. Leon Lefort, profesor de la escuela de medicina de Paris, decia en su discurso inaugural del curso de medicina operatoria: «Debo rectificar aquí una calumnia inventada y propagada, por razones fáciles de comprender, por los frailes de la Edad media... No fué en el siglo vi bajo Eumer (es el nombre que M. Lefort para distinguirse ó para engrandecerse pretende dar á Omar), sino en el siglo iv y á instigacion de Teófilo, obispo de aquella ciudad, cuando fué quemada la biblioteca de Alejandria, colocada en el templo de Serapis, al mismo tiempo que el populacho irritado asesinaba á los sabios que habian buscado allí un asilo.» M. Lefort disculpa, pues, á su vez á Omar y deja á los cristianos solos culpables de un gran crimen. Y sin embargo es absolutamente cierto que en la ocasion que él describe de una manera tan dramática, no hubo más libros quemados que sabios asesinados.

Amperé no apoya su acusacion en testimonio alguno. Chateaubriand, en sus *Estudios históricos*, habia dicho: «Los paganos refugiados en el templo de Serapis sostuvieron allí un verdadero sitio: mas la invasion jamás tuvo lugar. Hé aquí simplemente lo que ocurrió: El emperador habia cedido al obispo Teófilo un antiguo templo de Baco para trasformarlo en iglesia. Mientras que este era reparado, encontráronse en los sótanos algunos restos abominables de los antiguos ídolos. Ellos fueron exhibidos como una acusacion contra el paganismo. Los paganos escitados armáronse é hirieron á los cristianos. Helado, sacerdote de Júpiter, hizo alarde de haber dado muerte á nueve de ellos por sí solo. Los magistrados habian acudido á las puertas del Serapeum que los asesinos habian escogido para su refugio. Ellos les amenazaron con el furor de

Teodosio si no deponian las armas. Escribióse á este príncipe, el cual prohibiendo toda represalia contra las personas, mandó derribar los templos paganos de Alejandria. A esta noticia la liga pagana se dispersó, y el obispo Teófilo, á la cabeza de sus cristianos, dió principio á la obra. La estatua de Serapis fué hecha pedazos y su templo derribado. Dicho edificio se elevaba sobre un terraplen artificial, en medio de una esplanada rodeada de edificios, destinados á los sacerdotes, á los grandes del templo, á ciertos devotos paganos y á las reuniones de los sabios. Allí es donde se hallaba la biblioteca. Pues bien, tales edificios no fueron demolidos. Citemos el texto mismo de Rufino, libro II, capítulo XXII, en la Coleccion intitulada: *Historia eclesiastica; Scriptores graeci*; Paris, 1571: «Aquellos á quienes estaba confiada la custodia de las leyes romanas y el cuidado de hacer la justicia, habiendo sabido lo que habia pasado, vuelan al templo turbados y aterrados, pidiendo la razon de tanta audacia y el propósito de aquel motin que habia derramado tan cruelmente ante los altares la sangre de los ciudadanos. Mas los paganos que habian fortificado la entrada dejaron oír algunas voces confusas y discordantes, y respondieron solamente con gritos, sin alegar razon alguna sobre su conducta. Mandóseles por lo tanto algunos parlamentarios para recordarles el poder del imperio romano, la vindicta de las leyes y las consecuencias que suelen traer ordinariamente las sediciones. Mas como la fuerza de las cosas no permitiera intentar sin tropas más numerosas un ataque contra los temerarios, escribióse al emperador. La respuesta del emperador llega; y con ella la prohibicion de castigar á los culpables y la orden de echar abajo el santuario. Desde que la voluntad imperial es proclamada, los sediciosos se dispersan.» Hubo, pues, amenaza de asalto, pero no se verificó, y la biblioteca nada debió sufrir por un asalto que no tuvo lugar.

Eunopo, filósofo contemporáneo de tales sucesos y enemigo de los cristianos, refiere así: «El culto y el san-

tuario del dios Serapis, fueron destruidos y abolidos en Alejandría... Los magistrados derribaron el remate del templo de Serapis, y metieron mano en las ofrendas del templo como conquistadores, enteramente sin adversarios y sin combate. La batalla fué librada contra las estatuas y las riquezas sagradas.» Ni una palabra sobre los libros, ni una palabra sobre la biblioteca. Los edificios del Serapeum fueron tan poco destruidos, al menos en su totalidad, que en 452 el populacho se hizo dueño del edificio, y quemó vivos á los soldados romanos que se hallaban encerrados en él.

M. Leon Lefort mismo invocaba el testimonio de Orosio, mas sin duda sin haberlo comprendido; puesto que hé aquí cuanto dice Orosio: «Durante el combate, César hizo incendiar la escuela real hundida ya en la playa. Las llamas, habiendo invadido una parte de la ciudad, consumieron cuatrocientos mil volúmenes que se hallaban en los edificios vecinos, testimonio bien asombroso por cierto del carácter estuideo de los antiguos, que habían reunido un número tan extraordinario de obras notables de los más esclarecidos ingenios. De ahí que, en la actualidad todavía, y en todas partes, conforme lo hemos visto nosotros mismos, existan en los templos armarios para libros, cuya devastación recuerda, aun en nuestros días, que todo aquello fué destruido por los nuestros (los romanos y no los cristianos. Orosio habla en todas partes de los romanos como suyos, lo cual es verdad). Sin embargo, es más razonable el creer que, con el propósito de igualar á los antiguos, buscáronse en otras partes otros libros, que el admitir la existencia de una segunda biblioteca separada de los cuatrocientos mil volúmenes y preservada por tal alejamiento.» Evidentemente, las ruinas y los armarios vacíos de los cuales aquí se trata se refieren á la biblioteca, al museo situado en el barrio del Bruchium, que fué incendiado por los romanos, y la segunda biblioteca es la del Serapeum, la cual, lejos de ser incendiada, existía aún en el siglo v. Hé aquí la prueba de ello.

El año 452, bajo el emperador Marciano, hubo en Alejandría un movimiento popular. Las tropas marcharon contra los sediciosos que las pusieron en fuga. ¿Sabeis dónde dichas tropas se refugiaron? Viéronse obligadas, dice Evagro, á refugiarse en el templo (es decir en los edificios del templo) del Serapeum. El populacho acudió allí, se hizo dueño del edificio y quemó vivos á los soldados.

Una vez establecido que los cristianos son completamente inocentes del incendio de la biblioteca de Alejandría, defienda quien quiera á Omar de la calumnia dirigida contra él, no por frailes de la Edad media, sino por historiadores árabes, uno de los cuales, Abdullatif, era médico y gozaba de una gran reputación cerca de los Kalifas y de los hombres más distinguidos de su nación; el otro, Albufaradje, gozaba igualmente de cierta celebridad.

En su famoso discurso, M. Leon Lefort afirmaba además que antes de Hipócrates no había habido ni médicos, ni medicina, ni medicamentos, sino solamente algunas invocaciones y algunas fórmulas. Al hablar así, el atolondrado profesor daba harta prueba de ignorancia y faltaba á la verdad. No conocia el Libro de los libros, que llenaría de estupefacción á los sabios y á los eruditos, si no fuera divino. Algunas citas ignoradas de la Biblia probarán en efecto hasta la evidencia que en la antigüedad más remota había médicos célebres y verdaderos medicamentos. Génesis, cap. L, v. 2: «Faraon ordenó á los médicos que estaban á su servicio que embalsamaran el cuerpo de Jacob.» Y en estos últimos años háse publicado todo un libro de la medicina y terapéutica de los egipcios segun los monumentos y las inscripciones. Exodo, cap. XXI, v. 19: «Aquel que ha herido á su prójimo está condenado, como hoy día, á comenzar el trabajo interrumpido y á pagar los honorarios de los médicos.» En el libro II de los Paralipómenos, cap. XIII, y. 14, trátase de algunos médicos en quienes el rey tenia una confianza demasiado absoluta. En el Eclesiás-

tico, cap. XV, v. 12, encuéntrase enunciada esta verdad muy antigua y muy moderna: «El médico corta de raíces las enfermedades agudas, las enfermedades crónicas le cansan.» Cap. XXXVIII, v. 2: «La ciencia del médico le encumbrará, y en presencia de los grandes será ensalzado.» v. 3: «Honra al médico por razón de la necesidad, porque el Altísimo le ha creado (la medicina es una profesión divina, y M. Lefort quiere médicos atcos ó al menos espíritus fuertes!); toda medicina viene de Dios y el médico recibirá del rey presentes...; el Altísimo ha creado de la tierra los medicamentos (minerales, vegetales, animales), y el hombre prudente no los tendrá en horror» (¡qué sabiduría aún!) v. 5: «El Altísimo ha dado al médico la ciencia por la cual la virtud de los medicamentos llega hasta él; y esta ciencia, á la cual serán debidas las maravillas de su arte, le hará honrar, v. 11: «*Hijo mío, da lugar al médico*, porque el Señor le ha creado; que él no se aleje de ti, porque sus obras te son necesarias.» Y toda esa legislación del médico y de la medicina estaba escrita muchos siglos antes de Hipócrates. ¿Qué piensa de ello M. Lefort? Recamier era creyente, más que creyente, fervoroso y práctico; y él mismo ¡ay! ignoraba esa bella doctrina. Experimentó la mas grata sorpresa, cuando yo, su humilde alumno, se la revelé. Ella le sorprendió y embelesó.

4.ª *San Gregorio VII.*—¿De qué no se ha acusado á este gran Papa? De haberse creído santo, y, bajo este título, de haberse presentado como el dueño del mundo, de haber creído en la santidad de todos los pontífices romanos, de haber querido quebrantarlo todo, de no ver en la humanidad más que la Iglesia, de haber sido un antepasado de los Montañeses. «Acaso os sorprenderéis, dice M. Quinet (*El Catolicismo y la Revolución*, pág. 147), si yo os digo que Gregorio VII, el hombre de Dios, es un antepasado de la Revolución francesa; no obstante ello es evidente. En sus esfuerzos contra los poderosos políticos, en sus instrucciones á sus soldados espirituales, él no con-

cede á las soberanías de la tierra otro fundamento que la violencia, el crimen y la mentira. Él hizo con Guillermo de Normandía, á espensas y en provechos comunes, la conquista de Inglaterra, quiso enseñorearse del gobierno directo de la sociedad, empezó imprudentemente con la reforma que él quiso emprender, fué en la Iglesia un déspota implacable.» Háse querido ver el acento del despotismo en sus últimas palabras: «Amo la justicia y aborrezco la iniquidad; hé aquí porque muero en el destierro!» «Hay, dice Michelet (*Historia de Francia*, tomo II, libro IV, cap. IX), un momento de temor y de duda; y esto es lo trágico, lo terrible del drama; esto es lo que hace desgarrar el velo del templo, lo que cubre la tierra de tinieblas: esto es lo que me perturba al leer el Evangelio, y lo que hoy todavía hace correr mis lágrimas. ¡Que Dios haya dudado de Dios! que ella, la santa Víctima, haya dicho: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado? Todas las almas heroicas que hicieron cosas grandes por el género humano han pasado por esa prueba; todas ellas háanse aproximado más ó menos á ese ideal de dolor. En tal momento es cuando Bruto exclamaba: ¡Virtud, tú no eres más que un nombre! Entonces es cuando Gregorio VII decía: Hé seguido la justicia y huido la iniquidad, hé aquí porque muero en el destierro.» Jesucristo, Bruto, Gregorio VII, parangon blasfematorio! Estas son ciertamente otras tantas mentiras y calumnias cuya refutación gloriosa es preciso leer en la *Defensa de la Iglesia* del abate M. Gorini, tomo III, páginas 405 y siguientes. Por nuestra parte solo opondremos á ellas esta bella página en la cual el gran pontífice revela á un piadoso amigo que él habia confiado á Cluny el secreto de su vida y la causa de su valor. Es una cita de M. Quinet, lección séptima, página 149: «Yo quisiera, si fuera posible, que supierais enteramente las tribulaciones que me abrumán, el trabajo incesante que cada día me fatiga, y que, siendo siempre mayor, perturba mi ánimo profundamente. Yo lo quisiera, á fin de que, teniendo lástima de los pesares de mi alma,

vuestra fraternal compasion os moviera respecto de mí, y vuestro corazon derramara torrentes de lágrimas delante del Señor, para que Jesús, que ha hecho tanto y que todo lo rige, tendiera la mano con su ternura habitual á un infortunado y le libertara. Yo le he suplicado á menudo, como él me ha dado ejemplo de lo mismo, que me quitara esta vida; ó que salvara por mi ministerio á nuestra Madre comun. Y sin embargo él no me ha librado todavía de esta gran tribulacion; y mi vida no ha servido aún, como lo esperaba, á esta Madre, de la cual he hablado y á la cual él me ha encadenado. Siéntome agobiado de un cruel dolor, de una tristeza universal, porque la Iglesia de Oriente, instigado por el demonio, se aleja de la Iglesia católica. Luego, cuando con los ojos de mi espíritu, contemplo el Occidente ó el Mediodía ó el Norte, apenas si puedo descubrir allí algunos obispos de una ordenacion ó de costumbres canónicas, que gobiernen al pueblo cristiano por el amor de Cristo, y no por una ambicion mundana; y entre todos los principes del siglo no conozco ninguna que prefiera la gloria de Dios á la suya y la justicia al lucro. A los pueblos en medio de los cuales habito, es decir, los romanos, los lombardos y los normandos, yo les reprocho, y á menudo me veo obligado á repetirles, que son peores que los judíos y los paganos. Cuando vuelvo á pensar en mí mismo, me encuentro de tal manera abrumado por el peso de mis propias acciones, que no me resta esperanza alguna de salud más que en la misericordia de Cristo. Si no esperara alcanzar una vida mejor y ser útil á la santa Iglesia, no, yo no permaneciera en Roma, donde, Dios es testigo de ello, resido por fuerza desde veinte años acá. Combatido, pues, por mil tempestades, además del dolor que cada dia se renueva en mí, y la esperanza que tarda tanto ¡ay! en realizarse, mi vida es una muerte bajo todos conceptos. Y á Aquel que me ha atado con tantas cadenas, que me ha hecho volver á pesar mio á Roma, que me ha afligido con mil penas, yo le espero. A menudo le digo: ¡apresuraos, no os demoreis; acudid y

sin tardanza libertadme, por el amor de la bienaventurada María y de san Pedro!» (Epist. II, 49.) Es el alma del gran santo que así se expansiona ante Dios y los hombres.

En la última sesion de las cinco academias del Instituto de Francia (25 de octubre de 1876), M. Zeller, de la Academia de ciencias morales y políticas, en su lectura, *Un Emperador y un Papa en la Edad media*, haciéndose ¡ay! todavía eco de las preocupaciones vulgares, ha osado decir, página 25 del *acta* de la sesion: «Al vértigo cesáreo que se habia apoderado del emperador Enrique III, sucedia el vértigo teocrático de Gregorio VII. Enrique III habia dado algunos papas á la Iglesia; Gregorio á su vez queria dar algunos emperadores, algunos soberanos á los pueblos. Gregorio VII creia asegurar tanto más á los hombres la salvacion en el otro mundo, en cuanto más pronto se enseñoreara de éste.» Empero, vencido por la evidencia de los hechos, M. Zeller no puede menos de reconocer con un escritor aleman, M. Droysen, que fué una concepcion tan moralizadora como atrevida, una obra de civilizacion del mundo así como de salvacion para la Iglesia, el reivindicar sobre el Estado y el Imperio la libertad del sacerdocio corrompido, avasallado por el feudalismo. «En el caos, y aun en la efervescencia de aquella época, dice él, tal empresa extraordinaria imprimió en la vida cristiana del occidente un nuevo impulso, un rumbo más elevado, una aspiracion más santa. El imperio aleman habia pretendido tambien, á la sazón, asegurar al poder temporal, á la faz del papado, una omnipotencia igualmente universal, una igual sujecion de las almas. Empero, á despecho de los triunfos exteriores, la victoria moral permaneció con justicia para el pensamiento, para el espíritu de la civilizacion que llenaba entonces el mundo.»

Y luego ¡qué esplendor de la Fé en este doble cuadro hábilmente trazado por M. Zeller!

«Fué un curioso espectáculo, á principios del año 1677,

y durante lo más riguroso del invierno del siglo xi, el que ofrecieron el papa Gregorio y el rey Enrique. El papa, bajo un cielo por otra parte más bonancible, más templado, partía de Roma, en medio de una brillante escolta, como en triunfo, para dirigirse, á través de Italia, á Augsburgo, donde se esperaban sus órdenes, encontrando ya en su camino á los alemanes excomulgados que iban allí á hacer penitencia. Una mujer, la célebre condesa de Toscana, Matilde, á la sazón de treinta años de edad, ocultando su juventud y belleza bajo una armadura de caballero, conduciendo su caballo con una mano y según la imágen tradicionalmente atribuida á Cimabue, llevando en la otra la granada, en señal de la virginidad que ella consagrara al Señor, cubría con la protección de sus hombres de armas, como un ángel custodio, á aquel Pontífice de cerca de cincuenta y seis años, que había pasado á ser, por la reforma de su Iglesia, el Señor del mundo.

«Después de haber experimentado sobre la tierra alemana la dureza y la ingratitud de aquellos á quienes había favorecido, Enrique, casi falto de todo, para evitar los pasos de los Alpes centrales, custodiados por los duques, sus enemigos, que detenían allí á los sacerdotes excomulgados, habíase dirigido por los dominios de su suegra Adelaide de Susa, que lo recibió bastante mal, al través de los Alpes occidentales. En aquel rudo invierno, Enrique y su pequeña caravana, su mujer, su hijo y algunos servidores y sirvientas, conducidos por algunos guías, atravesaban, con más trabajo todavía que de ordinario, el monte Cenis, cubierto de nieve. Por la vertiente de la montaña, los hombres bajaron los caballos con cuerdas, colocaron á las mujeres sobre trineos hechos de pieles de bucy, y ellos mismos arrastráronse con los pies y las manos; Enrique sustentando algunas veces la carga de su esposa y de su hijo. Así es como llegaron todos ellos, ora deslizándose, ora rodando sobre largos trechos, á riesgo de su vida, hasta el llano, al pié de los montes, y desde allí el rey ganó muy pronto, cerca del lago de Guardia, el castillo de Canosa,

situado sobre una altura desnuda y escarpada, detrás de cuyas recias murallas, Gregorio VII, bien provisto de hombres, de armas y de víveres, había encontrado un refugio. No se iba allí para combatir, sino para someterse. El 18 de enero, públicamente, con sayas de pana y los pies desnudos como un penitente, Enrique presentóse delante del primer recinto del castillo. Él era entonces un hombre en el vigor de la edad, de una estatura y belleza, dice un contemporáneo, dignas de un emperador. Él hincó las rodillas sobre la nieve espesa y dura, y permanece en ayunas hasta la tarde, sin ver abrir las puertas. Vuelve allí el día siguiente y el otro día. Hugo de Cluny, la condesa Matilde, la suegra del rey, imploraban al Pontífice con lágrimas, asombrábanse «de su dureza desusada,» y algunas veces prorumpían en quejas amargas contra «aquella crueldad y orgullo tiránico, tan distantes de la verdadera prudencia, de la severidad apostólica.» (Tal es el juicio de M. Zeller).

«En la noche del tercer día, en fin, el Papa cedió y prometió dar la absolución que se le pedía; mas tomando á la vez sus garantías para conservar su intervención en las cosas políticas. Seis cardenales por el papa, un arzobispo, dos obispos, el abate de Cluny y el marqués de Este, Arzou, por el rey, estendieron un acta, por la cual se comprometía á presentarse á la Dieta de los Príncipes, en el día fijado por el papa, para ser reconocido allí inocente ó culpable; á proteger al papa en su vida, en sus miembros, en su honor, para atravesar los Alpes, y hasta que la Dieta decretara sobre su suerte á no llevar sobre él insignia alguna de la dignidad real y abstenerse de todo acto de gobierno (*nihil regium, nihil publicum*).»

5° *El alma de las mujeres.*—M. Amado Martín (*Educación de las niñas*, cap. XXXI, pág. 203) dice: «En tiempos no muy lejanos de nosotros, algunos graves doctores negaban que ellas (las mujeres) tuvieran un alma. El siglo más funesto para ellas fué el siglo de los doctores